

laciones personales, que no pueden subsistir, ni aun si quiera entenderse la una sin la otra, y en razon del origen que la una trae de la otra de quien procede; de suerte que subsiste esencialmente unida á ella en una perfectísima identidad de naturaleza. Diré con S. Ambrosio (1) que la admirable obra de la encarnacion fué hecha individuamente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: que los tres se encontraron en las sagradas entrañas de la Virgen santísima para formar un hombre Dios, portento del cielo y de la tierra; y que no obstante solo el Hijo encarnó á causa de que él solo se unió en calidad de término y supuesto á la naturaleza humana que tomó. «Así por una imperfecta comparacion, decia S. Agustín (2), vemos que cuando uno toca el laud ó cualquier otro instrumento músico, el arte dirige la mano y la mano pulsa las cuerdas; y bien que sean absolutamente necesarias estas tres piezas; no obstante ni el arte, ni la mano dan el sonido que halaga al oído, sino las cuerdas solamente (3).» «Así sucede, decia el docto cardenal Belarmio, cuando dos señores visten al rey para algún acto solemne, ayudando él tambien, porque aunque los tres hacen la operacion, solo el rey queda vestido con el manto real.» Esta es la maravilla que Dios obró y que nadie sino él pudo obrar para hacerse conocer y adorar en la Virgen santísima como en el templo y santuario mas angusto que ha escogido despues de aquel donde se halla personalmente toda la plenitud de la di-

(1) De Spirit. Sancto, l. 3, cap. 2.

(2) De eccles. dogmat. circa principium.

(3) Adición de la madre Maria J. de Bienur. «A nosotros nos costaría trabajo valernos de esta especie de comparaciones

tan hojas y familiares en un asunto tan elevado como el de que tratamos; pero teniendo por maestro á un tan insigne doctor como S. Agustín, parece que no hay dificultad en seguirle.»

vinidad; este es nuestro bendito salvador y redentor, á quien se dé honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE NO TIENE IGUAL EN SUS PARTES PEREGRINAS Y CALIDADES NATURALES.

El divino esposo de los Cantares no acaba en tratándose de alabar á su casta esposa. En el capítulo IV dice maravillas de ella y despues de muchas alabanzas añade: «Sin lo que está oculto por dentro:» como si dijera: «No pretendo hacer aquí un elogio de las relevantes prendas que adornan tu alma y en que consiste tu principal hermosura.» Los Setenta trasladan: «Fuera de lo que requiere silencio, porque no puede declararse por palabras.» El devoto emperador Mateo Cantacuzeno lo toma por el glorioso título de la maternidad. «Este silencio, dice, no es otro que la manera inexplicable de tu parto;» de suerte que quiere deducir que no hay en verdad palabras con que pueda expresarse la dignidad de madre de Dios; sin embargo de que aun prescindiendo de esta calidad, no dejaria la Virgen de ser incomparable por sus raras prerogativas de naturaleza, de gracia y de gloria. Despues de haber declarado yo las relaciones que esta señora tiene con la santísima Trinidad á consecuen-

cia del glorioso título de madre de Dios, me siento impedido á publicar aquellas tres especies de grandezas. La razon pide que empiece por la naturaleza, porque es la basa y fundamento de las otras perfecciones, aunque mi intención es pasar ligeramente y por encima y hacer ver tan solo cuatro excelentes calidades de esta señora, que son como los cuatro elementos de que se componen todas las demás, á saber, su nobleza, su hermosura, su entendimiento, su bella alma y su indole singular. Me parece que hablaré mas oportunamente de sus calidades sobrenaturales despues que haya sentado este fundamento.

§. I.—De la nobleza de la madre de Dios.

I. No dudo que cuando la Virgen santísima confesó que Dios habia obrado con ella grandes cosas, estaria su pensamiento muy distante de su nobleza y de su distinguida alcurnia. No obstante supuesto que el Espíritu Santo la señaló tan cuidadosamente en las sagradas letras, y ya que es comun sentir de todas las naciones que la sangre ilustre de la nobleza tiene no sé qué de particular y excelente que pasó hasta el alma y le infunde por lo comun inclinaciones y pensamientos mas elevados que los del comun, temeria hacerme acreedor á censura si hubiera oscurecido esta calidad suya, en especial viendo que salió tan aventajada en la distribucion, que otro que quisiera envanecerse, tendria mil timbres de gloria y honor con que llenar sus escudos. Con efecto para abarcar mucho en pocas palabras diré con S. Ambrosio (1), S. Agustín (2), S. Hilario (3), S. Eusebio (4), Honorio, obispo de Autun (5), y generalmente

(1) L. 3 in Luc., c. 1.

(2) De consensu evang., l. 2.

(3) Canon. 7 in Mat.

(4) Quest. in Mat.

(5) In Cant.

los santos padres y hasta con las sagradas escrituras que todo lo grande y elevado segun el mundo, que ha habido desde la creacion hasta su concepcion, contribuyó á realzarla y ennoblecerla. Los sagrados anales atestan que salió de la primera nobleza de la tierra y descendió de diez y nueve patriarcas antiguos, que fueron los pilares y columnas de la ley natural hasta Abraham. En los mismos anales se ve cómo despues de este se acrecentó su nobleza por la descendencia de los patriarcas, que fueron en su tiempo la honra y el sosten del mundo y poblaron con sus hijos la nacion escogida de Dios; cómo esa misma sangre recibió nueva gloria pasando por los profetas, los jueces y los principes del pueblo de Israel y uniéndose á los sumos sacerdotes destinados por su estado á conversar con Dios y tratar con él del gobierno del mundo; cómo en fin puede contar hasta catorce reyes de quienes descende, y algunos de los cuales fueron en su época la maravilla del mundo, los favorecidos del cielo y los espejos de santidad, de religion y de verdadera grandeza para toda la posteridad. ¿Qué os parece de este aparato de magnificencia? ¿No bastaria la menor parte de lo que acabo de contar, para hinchar desmedidamente un corazon ambicioso y hacerle tocar el cielo con la punta del dedo? Pues aunque la Virgen santísima haga menos caso de esto sin comparacion que del misterioso ornamento de las virtudes, no obstante tiene derecho de apropiarse lo que dice el Eclesiástico: «Que en todo pueblo, en toda gente tuvo la primacia: que se arraigó en un pueblo honrado: que se empinó como cedro sobre el Libano y como ciprés en el monte de Sion (1).» «Porque así como estos arboles, dice el cardenal Hugo comentando el mismo lugar, echan pro-

(1) Eclh. XXIV, 9, 10, 16, 17.

fundas raíces, así tambien las de su nobleza se extendieron anchamente en la sangre de los caudillos del pueblo de Dios (1).»

II. Si alguno me quiere recordar el juicio de S. Gerónimo (2), quien sostiene que nuestra religion no sabe lo que es acepcion de personas; que no atiende á la condicion del nacimiento de los suyos, sino á sus almas y á las prendas inferiores; que no distingue al noble del plebeyo mas que por las costumbres; en una palabra que la única nobleza delante de Dios consiste en ser ilustre y recomendable por la virtud; si me alega á S. Ambrosio, el cual dice que no hay prosapia igual á la de la virtud y de los antepasados virtuosos; sepa que por lo que mira á esto no se hallará una nobleza comparable con la de la madre de Dios, ya se atiende á sus propias virtudes, ya se averiguen las de sus mayores. En cuanto á las suyas bien se ve que no es este el lugar de tratar de ellas; pero en cuanto á las de sus antepasados puedo decir que le pertenece y es suya toda la virtud que hasta su tiempo ilustró al mundo. Y si no que se me muestre una penitencia mas larga y austera que la de Adam, una devocion mas antigua que la de Enos, una inocencia mas pura que la de Enoch, una perseverancia mas completa que la de Noé, una piedad mas sincera que la de Sem; una fé mas firme que la de Abraham, una obediencia mas ciega que la de Isaac, un corazon mas generoso que el de Booz, una mansedumbre mas amable que la de David, una sabiduria mas profunda que la de Salomon, una religiosidad mas verdadera que la de Josafat, un celo mas ardiente que el de

(1) Adición de la madre Maria J. de Blenur. «Mas porque su modestia no la dejó jamás pensar en sus grandezas, la

sona iglesia se vale ahora de esas mismas palabras en su nombre y á su gloria.»
(2) Epist. ad Celantium.

Ezequias, una probidad mas irreprehensible que la de san Joaquin y santa Ana; en una palabra que se desmienta á S. Epifanio (1), á S. German de Constantinopla (2), á Sergio de Hierápolis (3), á S. Fullberto de Chartres (4), á S. Juan Damasceno (5) y á los demás que la llaman la hija de los santos.

III. En tercer lugar si las leyes asi divinas como humanas dan á la mujer el derecho de participar del lustre de su marido y hasta de su nobleza y grandeza; ¿quién podrá representar el honor y la gloria que redundaron á la Virgen santísima de parte del Espiritu Santo, su esposo invisible, y del inclito patriarca S. José, su esposo visible y su fiel compañero? Si los criados y cortesanos de un príncipe soberano merecen los títulos y distintivos de nobleza por el servicio que le hacen; ¿qué diremos de aquella que por espacio de treinta y mas años estuvo alistada la primera en el servicio del rey de los reyes? Pero mas que todo la calidad de madre de Dios le da tal superioridad sobre cuanto parece grande en este mundo, que no hay nobleza que no deba de rendirle homenaje, segun asegura el devoto cardenal Pedro Damiano (6). Y S. Agustin dice que asi como la nobleza del que nace de la Virgen, depende en parte de la virginidad de su madre, de la misma manera la principal nobleza de esta consiste en la divinidad del hijo que pare. Por último S. Ambrosio dice en pocas palabras lo que podria servir de amplio lema para un discurso muy extenso: «Hablas de nobleza; ¿y qué cosa hay mas noble en el mundo que la madre de Dios (7)?»

(1) Hæres. 79.

(2) In psalm. XLIV.

(3) Orat. de natal. Virg.

(4) Sermo de nativ. B. Virg.

(5) Orat. 4 de dormit. B. V.

(6) Sermo 2 de nativit.

(7) De Virg. lib. 2.

S. II.—De su gracia y hermosura corporal.

I. Poco ha faltado para que dejara yo el discurso de la hermosura corporal y de la gracia exterior de la madre de Dios fiándome en la sentencia del sabio Salomón, quien dice (1) que es engañosa la gracia y vana la hermosura, y en el dictámen del filósofo cristiano Boecio, el cual afirma (2) que la belleza pasa mas rápidamente que la rosa de la primavera (3). Pero por otra parte me he acordado de que su esposo se digna de alabarla por esta calidad llamándola hermosa y sin mancilla (4), hermosa de rostro, hermosa de cuerpo y aun mas hermosa de alma segun la interpretacion de Ricardo de S. Victor (5); y por este motivo es mas terrible para los principes de las tinieblas. Me he acordado de lo que dice Hugo de S. Victor (6); que esta alabanza es tanto mas admisible, cuanto que el que la da, no es capaz de engañarse, es el autor de toda hermosura y el juez de toda verdad; y que esto no es tan poco, pues se ha de amar á la que él hizo únicamente amable, y se gloria de ser amado de aquella á quien él mismo dió amor. He reflexionado sobre lo que escribe el antiguo pagnegrista latino Pacato; que Dios por lo comun prepara un hermoso aposento á las almas grandes, porque estas

(1) Proverb. XXXI. 26.

(2) De consolat. philos. l. 3.

(3) Adición de la madre M.

J. de Blemur. «Nunca se vió una criatura tan hermosa: estaba dotada tan ventajosamente de esta calidad, que podia decirse sin mentir que la naturaleza habia sido tan liberal para con ella como la gracia: que su cuerpo no era menos perfecto que su alma; y que su hermosura, aun-

que abandonada, tenia muchos atractivos. Tenia una suavidad y una majestad que la hacia amar y temer, y lo que aumentaba su valor, es que levantaba los corazones á Dios, infundia santos pensamientos y encendíaba castos deseos.»

(4) Cant. IV.

(5) De Emmanuel, lib. 1.

(6) Serm. de assumpt. Virg.

tom. 2.

ejercen mejor sus funciones en cuerpos hermosos, y que la gracia exterior da realce á la virtud. Por último me he persuadido á que si los santos padres hubiesen hecho tan poco caso de esta calidad y no hubiesen creído que sirve notablemente para realzar la virtud, nunca la hubieran apreciado tanto. Sin embargo S. Juan Damasceno llama con este motivo á la Virgen la gracia de la naturaleza humana (1). Jorge, arzobispo de Nicomedia, exclama (2): ¡Oh la mas hermosa y agraciada entre todas las hermosas! ¡Oh Virgen santa, ornamento sin par de toda hermosura! Ricardo de S. Victor la alaba porque su rostro es angelical lo mismo que su alma (3). S. Gregorio Nacianceno lo confirma (4), y dice además que en materia de hermosura deja atrás á todas. Todos los doctores dicen otro tanto ó mas, y aun algunos de ellos llegan á sentir que cuando su cuerpo fué reunido á su alma para ser aposentado en el cielo, pareció tan hermoso y tan bien proporcionado, que no hubo necesidad de corregirle ó reformarle al modo ordinario de los otros, sino que se lo juzgó capaz de recibir, segun estaba, los dotes gloriosos y de vestir la estola de la inmortalidad.

II. Pero porque no se crea que un extremado afecto guió sus plumas para hacerla recomendable en toda suerte de perfecciones, es necesario considerar que además de los historiadores que la pintan exactamente segun fué en verdad (5), la razon es tan favorable á lo que

(1) Serm. 1 de nativ. B. Virg.

(2) De oblat. B. Virg.

(3) Cap. 26 in Cant.

(4) Traged. de Christo p-

iente. l. 2. c. 117. lib. 1.

(5) S. Anton. p. 4. t. 445.

c. 40: Albertus super Missus.

Dionys. Carthus. de laudib.

Virg., l. 1: Nicoph., De eccles.

hist., c. 23. l. 122. lib. 2.

han dicho los santos padres, que difícilmente les negaría un hombre de juicio el crédito que merecen. Con efecto para no hacer mucho hincapié en las figuras antiguas por las cuales fué trazada esta reina excelsa no tanto para imitar las perfecciones de ellas, quanto para excederlas y añadir otras muchas á las que poseyeron; para no decir que tal vez la intencion principal del Espíritu Santo, quando dió á conocer á la posteridad las prendas relevantes de aquellas nobles mujeres, fué realzar la hermosura de aquella á quien sirvieron de figura, como evando los libros santos dicen de Rebéca que era moza de muy buen parecer y virgen muy hermosa (1); de Raquel (2) que era hermosa de rostro y de agraciado semblante; de Ester que era en extremo hermosa y de liado rostro (3); y de Judit que era de aspecto muy gracioso y que parecía de incomparable belleza á los ojos de todos (4); fijemos solamente la consideracion sobre aquel que la formó en las dichosas entrañas de su madre estéril, esto es, el Espíritu Santo, porque por ahí será fácil juzgar que tan digno artífice no pudo labrar sino una obra excelentísima y señaladamente con el desingnio que tenia de hacerla su casta esposa.

III. Léese con gusto en un precioso discurso que el devoto Gerson pronunció mas de doscientos años há en la iglesia de S. German de Paris, cómo se presentó la naturaleza al Espíritu Santo para reunir en esa su desposa las bellezas que habia esparcido en todas las criaturas, y aun para hacerla partícipe de otras muchas que hasta ella se habian guardado como ricos tesoros en las arcas de sus ahorros. Con no ménos contentamiento se lee cómo se le ofrecieron todas las virtudes para hacer una obra primorosa y acabada de aquella doncella amada

(1) Genes. XXV, 16.

(2) Ibid. XXIX, 17.

(3) Ester II, 7.

(4) Judit, VIII, 7; X, 4.

del cielo, la pureza para sacar la materia de su cuerpo, la providencia para organizarle, la gracia para animarle, la caridad para formar el corazon, la prudencia para disponer el cerebro, el pudor para cubrir la frente, la dulzura para posar en los labios, la honestidad para aposentarse en las mejillas, la modestia y la virginidad para dar decencia y compostura á todo el cuerpo. Por aquí se puede comprobar lo que dijo mucho tiempo há un filósofo cristiano (1), que solo á las virtudes toca formar el cuerpo que ha de consagrarse á Dios. Esto no obstante hago mas caso del grandioso pensamiento de S. Andrés de Jerusalem, quien llama á la virgen María una estatua labrada por la mano misma de Dios (2). Y á la verdad no puedo figurarme que haya puesto la mano en ella otro que el autor de la naturaleza y el primer modelo de toda virtud, el cual suplió la incapacidad de la naturaleza é hizo el oficio de las virtudes. Aquí mi deseo sería encontrar á alguno que pudiera hacorme entender cuáles eran los sentimientos del Espíritu Santo ó mas bien de la santísima Trinidad, quando formaba este tierno cuerpo en el vientre de la gloriosa santa Ana, Dios mio! ¡qué contento en modelar aquel corazon, que debia de ser el verdadero altar de los perfumes destinados á evaporarse continuamente en oloroso humo de santidad! ¡Qué gozo en preparar el santuario donde debia de ser el verdadero altar de los como en su morada escogida! ¡Qué deleite en distinguir las diversas celditas del cerebro, que debia de servir para concebir los mas altos pensamientos que concebió jamás ninguna simple criatura! ¡Qué delicia en disponer el lugar donde debia de ser recibido el Salvador del mundo, en formar todos los miembros y partes que debian de

(1) Boet., De consolat., lib. 4. (2) Orat. 2 de Assumpt.

sostenlele, criarle y alimentarle, en santificar todo el cuerpo que era hecho expresamente para él.

IV. A mas cuando considero que el cuerpo de la Virgen debia de unirse por una union eterna al alma mas hermosa que Dios ha criado jamás despues de la de su hijo, no tengo ninguna dificultad en creer que debió de estar igualmente dotado de una hermosura muy aventajada. De este parecer es S. Ambrosio cuando dice (1) que está bien que una casa hermosa tenga una hermosa entrada; igualmente santo Tomás cuando prueba (2) que el cuerpo del primer hombre debia de ser muy hermoso y proporcionado, porque en la produccion del cuerpo humano, dice, Dios atiende no poco á las perfecciones que requiere el alma que ha de hospedarse en él, y á las acciones que ha de ejecutar. De donde infero que estando destinado el cuerpo de la madre de Dios á juntarse con aquella hermosa alma y acompañarla en el ejercicio de los actos mas heroicos y divinos que se han practicado despues de los del principe de la gloria, que llamamos divinamente humanos ó humanamente divinos, debia de ser la hermosura misma de la santidad corporal en frase de S. Gregorio de Neocesarea, ó como dice S. Basilio (3), una carne compuesta toda de santidad.

Siendo escogida María para madre del Salvador debia de ser acabada en hermosura.

V. Si pasamos mas allá de todas estas consideraciones para remontarnos á los altísimos designios de nuestro Dios, el cual hizo á la Virgen únicamente para ser

(1) De virginib., lib. 2.

(3) Homil. de humana Chri-

(2) Part. 4.º, q. 91, art. 3.º. s.º generacione. 1.º, scilicet (1)

madre de su único hijo, como canta la iglesia, esto es, del hombre mas hermoso, mas agraciado y mas completo entre todos los hijos de los hombres; no habrá que confesar que debia de estar dotada de una hermosura mas que humana? Porque el decir que siendo su madre no habia de parecerse perfectamente á ella su hijo seria hacerle un agravio que no pueden tolerar los que la honran como deben, en atencion á que nunca se han reunido tantas causas de una perfecta semejanza como aqui, donde la Virgen santísima es en cierto modo padre y madre juntamente, habiendo contribuido ella sola todo cuanto era necesario á la formación del cuerpo de su amado hijo. Y así supuesto que segun el axioma del filósofo, en cada orden de criaturas debe de haber una que sea la primera y como el modelo de las otras y en términos de hermosura no puede haber un cuerpo mas perfecto que el de nuestro señor Jesucristo; es preciso confesar que quien mas se acercó á él, fué su bienaventurada madre. S. Juan Damasceno considera admirablemente esta razon cuando habla así á la Virgen santísima: Tienes, señora, una vida y por consiguiente una hermosura que pasa las leyes ordinarias de la naturaleza; de lo cual no hay que admirarse, porque tú no la recibiste por tí, sino por Dios, para quien fuiste hecha con intento de servir á la salvacion de todos los hombres y de cooperar al cumplimiento del proyecto que Dios tenia de la encarnacion del Verbo eterno y de nuestra deificacion. Tu apetito no sabe lo que es sensualidad, sino que á ejemplo de la razon misma se alimenta de santos afectos; así es que eres el verdadero árbol de vida, que no puedes producir mas que buenos frutos, especialmente despues de haber dado al mundo el fruto de vida, que no es otro que el Verbo encarnado. Tus ojos están formados para mirar siempre á lo alto y estar continuamente fijos en tu Señor y tu Dios. Tus pidos están acostumbrados

á la música de los ángeles y á las palabras del Espíritu Santo, especialmente despues que por élis entró la salvacion del mundo. Tu nariz no es mas que para oler los suaves perfumés del esposo celestial, cuyo nombre es unguento derramado. Tus labios no son mas que para alabar á Dios y estar pegados á los de tu amado. Tu lengua derrama de continuo el néctar de las santas pláticas. Tu corazón no aspira mas que á Dios, ni suspira mas que por Dios. Tu vientre es la morada de aquel que todo lo contiene y no puede ser contenido. Tus pechos son las fuentes de leche y miel que amamantaron al criador del universo. Tus manos son el carro de Dios. Tus rodillas son el trono de los querubines, donde descansa su majestad. Tus pies fueron siempre alumbrados por la luz de la ley divina y nunca cesaron de andar hasta que encontraste al esposo de las almas para traerle á la tierra. En una palabra eres el álamo nupcial del Espíritu Santo; eres un mar inmenso de gracias; eres hermosísima y muy próxima á Dios. Asi habla San Juan Damasceno (1).

La hermosura de la madre de Dios incitaba al amor de la castidad.

VI. Por el discurso de este santo padre me veo obligado á consentir en lo que han notado tantos escritores graves (2); á saber, que la hermosura de la Virgen santísima era tal, que lejos de dar nunca ocasion á ningun pensamiento ó movimiento deshonesto servia por el contrario de pábulo y cebo de la castidad. En particular por lo que toca á su glorioso esposo el patriarca; san

José, creó sin dificultad lo que dicen de él, y es que cuanto más trataba y conversaba con ella, más abrasadas eran las llamas de castidad que se encendían en su pecho. Esto no parecerá extraño al que tenga presente lo que se cuenta de S. Elcario, conde de Arian (1), el cual guardó perpetua continencia con su esposa santa Delfina, y se quedó durmiendo los dos en el mismo lecho cuanto más se acercaba á ella, más segura sentía su castidad y menos temía los saltos de la incontinencia. Por otra parte santa Delfina llamaba á su casto esposo el ángel custodio de su virginidad. Esta gracia de todo punto extraordinaria difundía sobre los demás su apacible y benéfica influencia, como lo experimentó Alasia, hermana de aquella santa, que behivió el con obispo sus

Diversas razones por que nuestra señora incitaba á la castidad.

III. Volviendo á la reina de la pureza, algunos se han dedicado á indagar la calidad oculta de donde procedía en ella este privilegio tan excelente. Quien ha opinado (2) que provenia del amortiguamiento del fuego de la concupiscencia, de que trataré mas abajo, porque era maravilla que fuese mas la propósito para abatir que para levantar la llama de la torpeza. Quien ha creído (3) que mas bien era á causa de su modestia suma, de la gravedad y del recato incomparable que manifestaba en su conversacion. Quien se ha persuadido (4) á que este privilegio le provenia de una emanacion de la gracia de Dios, que hallándose tan abundante en ella exhalaba por todas partes un bálsamo del paraíso y un olor celestial

(1) De Joanne Crisostomo. (2) Bern. sermo in feria 2.
(3) S. Hieron. (4) Cant. in. (5) S. Hieron. in. (6) Dionysius Carthus. Can. post domini parturientis. (7) S. Hieron. in. (8) S. Hieron. in. (9) S. Hieron. in. (10) S. Hieron. in. (11) S. Hieron. in. (12) S. Hieron. in. (13) S. Hieron. in. (14) S. Hieron. in. (15) S. Hieron. in. (16) S. Hieron. in. (17) S. Hieron. in. (18) S. Hieron. in. (19) S. Hieron. in. (20) S. Hieron. in. (21) S. Hieron. in. (22) S. Hieron. in. (23) S. Hieron. in. (24) S. Hieron. in. (25) S. Hieron. in. (26) S. Hieron. in. (27) S. Hieron. in. (28) S. Hieron. in. (29) S. Hieron. in. (30) S. Hieron. in. (31) S. Hieron. in. (32) S. Hieron. in. (33) S. Hieron. in. (34) S. Hieron. in. (35) S. Hieron. in. (36) S. Hieron. in. (37) S. Hieron. in. (38) S. Hieron. in. (39) S. Hieron. in. (40) S. Hieron. in. (41) S. Hieron. in. (42) S. Hieron. in. (43) S. Hieron. in. (44) S. Hieron. in. (45) S. Hieron. in. (46) S. Hieron. in. (47) S. Hieron. in. (48) S. Hieron. in. (49) S. Hieron. in. (50) S. Hieron. in. (51) S. Hieron. in. (52) S. Hieron. in. (53) S. Hieron. in. (54) S. Hieron. in. (55) S. Hieron. in. (56) S. Hieron. in. (57) S. Hieron. in. (58) S. Hieron. in. (59) S. Hieron. in. (60) S. Hieron. in. (61) S. Hieron. in. (62) S. Hieron. in. (63) S. Hieron. in. (64) S. Hieron. in. (65) S. Hieron. in. (66) S. Hieron. in. (67) S. Hieron. in. (68) S. Hieron. in. (69) S. Hieron. in. (70) S. Hieron. in. (71) S. Hieron. in. (72) S. Hieron. in. (73) S. Hieron. in. (74) S. Hieron. in. (75) S. Hieron. in. (76) S. Hieron. in. (77) S. Hieron. in. (78) S. Hieron. in. (79) S. Hieron. in. (80) S. Hieron. in. (81) S. Hieron. in. (82) S. Hieron. in. (83) S. Hieron. in. (84) S. Hieron. in. (85) S. Hieron. in. (86) S. Hieron. in. (87) S. Hieron. in. (88) S. Hieron. in. (89) S. Hieron. in. (90) S. Hieron. in. (91) S. Hieron. in. (92) S. Hieron. in. (93) S. Hieron. in. (94) S. Hieron. in. (95) S. Hieron. in. (96) S. Hieron. in. (97) S. Hieron. in. (98) S. Hieron. in. (99) S. Hieron. in. (100) S. Hieron. in.

de castidad. ¿Por qué no he de decir tambien que siendo su hermosura mas divina que humana, debian de ser celestiales y divinos los sentimientos que causaba en las almas? ¿Por qué no he de decir de ella con mas razon que S. Juan Damasceno de un hombre virtuoso (1) que tenia la virtud por hermosura? Varios autores insignes (2) cuentan de S. Dionisio Areopagita, y él mismo lo escribe (3), que habiendo sido conducido á la presencia de la Virgen santísima quedó tan deslumbrado con el resplandor de una majestad divina que salia de su rostro, que cayó en tierra, y vuelto al cabo en sí protestó que si Pablo no le hubiese enseñado otro Dios, á quien adoraba y en quien creia por la fé, firmemente hubiera creído que la divinidad no podia haber elegido otra morada en la tierra que el rostro de aquella santa señora.

VIII. Esta consideracion hace exclamar á S. Anselmo (4): «Oh Virgen santa, tu hermosura es tan peregrina, que cualquiera diria que no has sido formada mas que para ser mirada y para robar los corazones de los que fijan la vista en tí: Oh Virgen únicamente admirable y admirablemente única!» S. Epifanio movido de la misma consideracion dice resueltamente (5) que se aventaja á todos, excepto Dios solo, en hermosura; que excede á los querubines y serafines y á todos los espíritus angélicos; y que es acabada en toda perfeccion de hermosura. Aun mas allá pasa S. Bernardo diciendo (6) que la hermosura tanto de cuerpo como de alma de la Virgen arrebató el cariño del rey de la gloria. Por último de esta misma consideracion nacen las extáticas aclamaciones, solo en y

(1) De Joanne Cunobriarcha
epist. de trisagio. cap. 1.
(2) Dionys. Carthus p. 100.
(3) Epist. ad S. Joannem.

(4) Lib. orationum.
(5) Serm. de S. Deipara.
(6) Homil. super Misus.

maciones de S. Agustin (1), quien despues del esposo celestial la llama toda hermosa, toda agraciada, toda gloriosa, sin mancilla, adornada de toda belleza y enriquecida de toda santidad. ¿Qué mas puede decirse? *revela sibon on sup. ead. ab oratione ubi nroto la nrota en oratione. S. III. De su excelencia entendimiento, que odo le sup. (dosa) nra y olguro nra nra lens ol) nroto oratione. S. I.* Un entendimiento excelente es lo mismo que las dos calidades anteriores una espada de dos filos y una pieza para diversos usos, que juntándose con la malicia de sirve para emprender muchos planes inicuos; pero bien gobernado tiene una simpatia muy estrecha con la virtud, de suerte que las mas veces una santidad eminentemente se ha hallado acompañada de un buen entendimiento. Pero digase lo que se quiera de los demás; hay que confesar por muchas consideraciones muy poderosas que le tuvo la gloriosa madre de Dios. No quiero alegar otra vez la razon indicada mas arriba, á saber, que siendo su cuerpo muy perfecto y como único en su especie era digno de un entendimiento singular y eminente. Tampoco pienso detenerme en decir que teniendo Dios designio de derramar una plenitud de gracias sobre ella es muy poco probable que quisiese favorecerla con la hermosura del cuerpo, que es cosa de tan poca importancia, y le negase la prenda principal y que debia de honrarla, esto es, el entendimiento. Tambien quiero pasar en silencio que ella no tenia ninguna de esas incomodidades que embotan la perspicacia de nuestros entendimientos, como son las enfermedades ó imperfecciones de los órganos corporales, las malas inclinaciones, los desórdenes, los vicios y cosas semejantes; por que como dice muy acertadamente S. Ildefonso (2), el

(1) Serm. de Incarn. Christi. lib. (2) De Virginit. Deiparae.

Espiritu Santo la había librado de toda mancha e imperfección así como haze el fuego con el oro. Tengo consideraciones más poderosas sacadas de la importancia de su elección, de los ministerios y actos que debía de ejercer según el orden del designio de Dios, que no podía llevar al cabo sin un entendimiento relevante, si alguno no prefiere decir (lo cual sería sin ejemplo y sin razón) que Dios hizo un continuo milagro en ella; es decir, que practicó obras de un entendimiento eminente sin tenerlo. Las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere emplear á alguno por estado en un oficio ó ministerio y á mas de las gracias sobrevinientes, que son como los dones gratuitos, le señala prendas estables y corrientes, que son los hábitos y las disposiciones permanentes y radicales para soportar las cargas de su estado.

La Virgen santísima había merecido de un entendimiento sobresaliente para sus altísimas contemplaciones. Ser esto no es de las cosas que se pueden negar á nadie que quiera. En primer lugar, pues no puede negar nadie que tantas que hubiese escogido la mejor parte de Magdalena, que es la quietud y el retiro, el cielo la había elegido para ella y destinado á las cosas de la más sublime contemplación que ha practicado jamás ningun espíritu, porque fuera de que nos lo aseguran los santos (1), para salir de duda no hay sino eraer que es madre de Dios, porque de ahí es fácil inferir, según dicen muy oportunamente S. Bernardino de Sena y Alberto Magno (2), que así como á este efecto en el mismo punto en que fué santificada, Dios le dió todos los hábitos y conocimientos intelectuales adecuados á su estado, que po-

(1) S. Eucher. Injudun. Ser- de Virg. serm. 4. S. Antonia. mo de Assumpt. p. 3, tit. 13, c. 19 ex Alberto

(2) S. Bernard. Serm. Tract. Magno. serm. 1.º de Virg. (1)

dian ayudarla á subir á ese eminente grado de contemplación, es decir, un conocimiento muy excelente de sí misma, de las criaturas intelectuales, de los misterios ocultos, de las acciones morales y hasta como han juzgado algunos (1), de las cosas naturales, en quanto le era necesario; del mismo modo le había dado un entendimiento capaz de guardar tantos bienes y hacérselos lucrar en el centuplo. No olvidemos sus revelaciones casi continuas y las más sublimes que ha habido jamás, como lo pide la razón, por las cuales la llama S. Andrés de Candia (2) una fuente inagotable de revelaciones divinas, y S. Lorenzo Justiniano dice (3) que debía de sobrepasar las de los otros santos (4) tanto como la gracia recibida por ella excedía á las gracias que se les habían comunicado á ellos. Ahora bien es indudable que estas requerian un entendimiento claro, perspicuo, reflexivo y elevado mas que todo lo que nos figuramos en los términos ordinarios del entendimiento. Y ya que tratamos de la via contemplativa, no puedo callar respecto de otra cosa, que es como la segunda ala con que se remonta á lo alto; quiero decir la lectura, que fuera de la oracion era la ocupacion mas comun de la santísima Virgen, de suerte que por este medio hubiera sabido toda la santa escriptura, aunque no hubiese tenido conocimiento infuso de ella por otro lado; á lo cual no habría llegado nunca sin un entendimiento eminente y proporcionado á tal conocimiento.

(1) Sermo 2 de Assumpt. Gregor. Nyssen. Sermo de Nativ. Sophron. Sermo de Assumpt. etc. (2) De Virg. lib. 2.º

(3) Ambrosio, lib. 2.º de Virg. (4) Gregor. Nyssen. Sermo de Nativ. Sophron. Sermo de Assumpt. etc.

(1) De Virg. lib. 2.º (2) De Virg. lib. 2.º

menos en obra eminente que á riduz á tribuys asib
 La Virgen santísima tenía necesidad de un aventajado entendimiento
 para hacer compañía á nuestro Señor; en su
 suñ and otros asid y estom amoloz zel sh, zólluo
 el III. En segundo lugar estaba destinada á hacer com-
 pañia al hijo de Dios, es decir, al fénix de los entendi-
 mientos privilegiados y á aquel en quien estaban escondi-
 dos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia
 de Dios, como dice S. Pablo (1). Esto me hace decir
 que si no hubiera habido proporcion entre estos dos
 entendimientos, por un lado hubiese sido desventajosa
 la condicion del rey del cielo, porque habria carecido
 mucho tiempo de compañía y de conversacion conre-
 miente á su grandeza, y por otro la Virgen, su fiel com-
 pañera, habria sido sumamente digna de compasion
 por estar privada de la capacidad necesaria para com-
 prender los admirables secretos que continuamente le
 revelaba su hijo, á fin que un dia ficiese partícipe de
 ellos á la posteridad. heug on, stiteloquinoo av si sh
 sa sup meo sie obaugoz el outos es sup, paco esto
 Le era necesario un entendimiento eminente para ser maestra de Ja
 iglesia, uno el que no era menor el su
 atreid ofiam oiz toq sup otauz ob, acodv amizit
 -IV- Con esta palabra me he metido insensiblemente
 en el tercer oficio de la madre de Dios, con que puede
 reforzarse este discurso. En efecto el Señor la habia de-
 jado á los apóstoles y discípulos, dice S. Anselmo (2),
 para que los repitiese lo que él les habia enseñado y lo
 que habian aprendido del Espíritu Santo, á quien ella
 comprendía incomparablemente mejor que todos aquellos.
 De aquí proviene que los santos la llaman maestra de
 los apóstoles, y S. Ignacio (3) maestra de nuestra reli-

(1) Ad colos. 1.

(2) De exc. Virg. lib. 2, c. 7.

(3) Epist. 4.

gion. El venerable Ruperto nota sutilmente (1) que ella
 tuvo su tiempo para callar y su tiempo para hablar y
 que así como durante su silencio era el huerto cerrado
 y la fuente sellada de los Cántaros, de la misma manera
 durante su magisterio embalsamaba el aire con el olor
 agradable de su huerto y regaba la campiña con las
 aguas saludables de su doctrina. Decir ahora que hubie-
 ra podido desempeñar esta comision tan importante á
 la iglesia sin un entendimiento eminente es á mi juicio
 querer sostener que pudiera volar sin alas, mirar sin
 ojos y oír sin orejas. lohi stiteloze ob y stiteloze oinez
 actoz, sigonz la oditotaz silsu asidun on omoo y

El entendimiento le era necesario para los actos heroicos de virtud.

de obuiden, zoid ob omoz it, par la obuidenoz el sa
 -V- Pongo en último lugar los actos heroicos y ex-
 traordinarios de virtud que debia practicar; actos que
 secan grandísima ventaja y mucha facilidad del entendi-
 miento y del conocimiento con que es iluminada la vo-
 luntad del que los ejecuta; como se ve claramente en
 los mas insignes doctores y mas esclarecidos varones de
 la iglesia, que juntaron á su entendimiento eminente y
 á su exquisita doctrina una virtud no menos extraordi-
 naria y elevada sobre lo comun. Bien pudiera yo alar-
 gar mas este discurso; pero me basta decir que si la
 Virgen santísima hizo algun aprecio de todas estas pren-
 das naturales, fué únicamente para tener el medio de
 rendir con ellas homenaje al que honraba como al primer
 tronco de toda nobleza, al ejemplar de la perfecta her-
 mosura y al Señor de toda ciencia; porque la razon pide
 que pues todo se ha hecho para él, redunden el honor
 y la gloria á él solamente. in nobis ut, quano ob sup
 odiaz, omio, oz, ofisa y stitob oia veldad na: obitund

(1) De gloria et honore filii hominis, lib. 2.

... (1) ... De su excolate indole, oprimi no ovis obarvo obred la cre, oionis: ne oprimi ome: lee sup

I. No sucede con esta última calidad como con las tres anteriores: este es un presente de amigo y la joya más rica entre los dones naturales que pueda recibirse del cielo. Esta es la planta y el sitio de la virtud, las arras de la santidad y la disposición mas considerable de las que Dios acostumbra dar cuando intenta sacar á uno de la condicion comun. Teniendo David un hijo de genio apacible y de excelente indole le llamó Salomon, y como no hubiese nadie preferible al profeta Natan para encargarse de la educacion de este principe mozo, se la encomendó el rey. El varon de Dios, habiendo advertido en Salomon una condicion dispuesta para cosas grandes, le dió otro nombre y quiso que se llamase amable al Señor (1). Tan cierto es que la merced de una indole nacida para la virtud es una señal infalible de ser amado de Dios. Siendo esto así, me parece que la cosa habla por sí, y que sin que yo lo diga, se ve ya que la madre de Dios fué dotada de la indole mejor y mas excelente que tocó jamás en suerte á ninguna simple criatura. Para hacer mas admisible la prueba de esta verdad pienso no decir nada de mi caudal, sino solamente citar los pareceres y juicios de algunos doctores muy graves y de testigos intachables.

II. No se puede recusar á S. Ambrosio, cuya calidad es muy eminente y su probidad muy conocida: pues véase lo que escribe acerca de las costumbres y de la mocedad de la Virgen (2): «Era virgen no menos de alma que de cuerpo, sin ficcion ni disimulo. Tenia el corazon humilde; su hablar era grave y serio; su alma estaba

(1) II Reg. XII, 25.

(2) De virgin. lib. 2.

tranquila; su lengua era discreta y recatada; su entendimiento inclinado á la lectura y su mano acostumbrada á la limosna. Su trabajo iba acompañado de diligencia, su conversacion de pudor y su pensamiento de intencion recta. Estaba llena de bondad para con todos, de respeto para con sus superiores y de mansedumbre para con sus iguales: era enemiga de la jactancia, amiga de la virtud y dócil á la razon. Nunca ofendió á sus padres ni con una mirada siquiera, ni tuvo palabras con sus compañeras: nunca desdendió á los simples, ni despreció á los débiles, ni se apartó del trato de los pobres. No se descubria ninguna altivez en sus ojos, ni precipitacion en sus pláticas, ni indebencia en sus acciones, ni libertad en sus ademanes, ni afectacion en el andar, ni en el cuerpo nada que fuese un tanto contrario al espíritu, ni en el espíritu nada que se rebelase contra la razon. ¿Qué diré del rigor con que vivia, y de la alegría con que servia á todos, pues que en uno y en otro casi iba mas allá de las fuerzas de la naturaleza? No tomaba el descanso por deleite, sino por necesidad, fuera de que el sueño del cuerpo no impedia la atencion del espíritu fijo siempre en algun pensamiento santo. Su contento era estar bajo la conducta y direccion de otro, bien que nadie vigilaba mas fiel y diligentemente sobre ella que ella misma, en atencion á que no daba un solo paso que no fuese un acto de virtud. Y aunque estaba pronta á aprender de todos, no obstante se portaba como si hubiese sido el ejemplar y el espejo de todos. Por su comportamiento se ganó el cariño de sus parientes, la estimacion de los extraños y la amistad del mismo Dios. Además nunca se encontraba mejor acompañada que cuando estaba sola, porque entonces gozaba de la conversacion de los ángeles y platicaba con los profetas por medio de sus escritos: por lo comun tenia pláticas celestiales con el arcángel S. Gabriel, á

quien si desoñó cuando él la saludó, no fué porque le causase novedad el tratar con los espíritus bienaventurados, sino porque la sorprendió la figura que el ángel había tomado; en lo cual no fueron menos castos sus ojos que devotos sus oídos. Por último se la ha de mirar como una idea acabada de virtud y un espejo de toda santidad. Hasta aquí S. Ambrosio.

III. Santa Matilde, virgen dotada de singular virtud y favorecida del cielo con tan excelentes revelaciones que mereció ser tenida por un instrumento escogido del Espíritu Santo; afirma (1) haber sabido de la boca misma de la madre de Dios lo que ha dejado escrito, y entre otras cosas dice de la Señora que fué aficionada á la virtud y especialmente á la humildad, en que sobresalió tanto, que no le aconteció jamás preferirse á alma viviente. También fué sumamente dada á la obediencia perfecta y á la caridad. Fué admirable el respeto que tuvo á sus padres; en cuyas personas honró y reconoció siempre á Dios sin haberlos contristado nunca en lo mas mínimo ni de palabra, ni de obra. Todas sus inclinaciones se dirigian de tal suerte al bien y á la virtud, que fácilmente se veia haber sido escogida para ser el verdadero retrato de ella; y lo mas maravilloso en aquella edad era que sazónaba todas sus acciones con tan rara prudencia y circunspeccion, que no se podia notar en ella ningun ademán ó movimiento infantil.

IV. S. Juan Crisóstomo asegura (2) que habia tal igualdad en el alma de la Virgen santísima, que era una quietud perpetua, sin que pudiese observarse jamás el menor arranque de esos movimientos impetuosos que nos hacen traspasar los límites de la razon.

V. Epifanio, presbítero de Jerusalem, que es dife-

(1) Lib. 4.º gratie spiritualis. (2) Homil. 4.º in Mat.

rente del gran obispo de Salamina del mismo nombre, protesta (1) haber empleado grandísima diligencia en buscar todos los autores griegos antiguos que trataron de la vida de la Virgen santísima, para escoger no tanto aquello que podia admitirse por probabilidad, sino lo que merecia una creencia firme y cierta, y dice que aprendió en los verdaderos escritos de ellos que no habia cosa mas agradable que la armonia con que existian la benignidad y la gravedad de aquella tierna doncella, porque así como obligaba á todos con la primera á que la amasen, así con la otra infundian en los que la veian, un cierto respeto y reverencia, siendo la una sumamente amable y la otra igualmente majestuosa. Sus oídos siempre estaban abiertos para oír el bien; pero su boca por lo comun estaba cerrada sino cuando se trataba de las alabanzas de Dios ó del servicio del prójimo. Y aunque se hacia afable con todos y de una conversacion muy sabrosa, sin embargo era con tal honestidad y recato, que fácilmente se descubria en el color del rostro la disposicion interior de su alma. Estaba distante de toda ostentacion y de todo espíritu de artificio mas que el cielo dista de la tierra; lo cual se veia naturalmente en su continente y porte exterior, porque su traje era siempre sencillo, aunque aseado, y sin mas tinte ó color que el natural de la lana. Cualquiera hubiese dicho que su vestido era el de la modestia misma, de suerte que se ajustaba con la decencia de que estaba adornada interiormente.

VI. Si queremos considerarla algo mas adelantada en años; oigamos lo que dice S. Ignacio mártir y obispo de Antioquia, columna de la iglesia en su tiempo. Muchos autores graves (2) le atribuyen una carta escrita á

(1) De institutione, vita et psalm. XC. Marc. Michael, presbyter erotonenensis, de viris illis-

(2) S. Bernard, Sermo 7 in sibirius; Canis. sepe etc.

S. Juan evangelista, de que no tendré reparo de servirme, porque sea de quien quiera, hay que confesar que su autor es antiguo y grave. Allí pintando á la Virgen con sus colores naturales dice: «Siempre se la veía contenta entre los trabajos, alegre en las aflicciones, gozosa en la pobreza, servicial para con todos, dispuesta á ocuparse en favor de los que le daban algun disgusto, sin que les pusiese jamás rostro tibio ó indiferente. Era circumspecta en medio de la prosperidad y en todo semejante á sí misma. Su corazón rebosaba de compasion para con los atribulados, y era resuelto para hacer frente á los vicios, constante en las santas empresas, infatigable en el trabajo, invencible en la defensa de la religion.»

VII. S. Juan Damasceno no dice casi nada que no haya tocado ya alguno de los padres citados arriba; no obstante sus palabras son tan halagüeñas, que merecen retenerse. «Qué lenguaje usaré yo, dice (1), para expresar la gravedad de tu andar, la decencia de tu traje, la gracia de tu rostro, la prudencia madura de tu niñez? La modestia de tu vestido apartaba de ti toda especie de lujo y sensualidad. Tu andar sentado y grave era enemigo de toda frivolidad: tu conversacion seria y apacible. Huías de toda especie de familiaridad con los hombres, como lo atestiguan el temor que se apoderó de ti al presentásete el arcángel Gabriel en figura humana. No habia nadie mas obediente y humilde que tú á pesar de tus altísimas contemplaciones. En una palabra nunca desdijiste de la que debia de ser morada de la divinidad.»

VIII. El historiador Nicéforo representa la figura del alma de la Virgen en los lineamientos de su cuerpo y

(1) Orat. 1.º de nativ. B. Virginis.

nos hace ver la excelencia de su índole en las facciones de su rostro. «Era honesta y grave en todas las cosas, dice (1): hablaba muy poco y solamente de lo necesario: escuchaba con gusto: era muy afable y respetuosa para con todos. Eran muy ajenas de su carácter las risotadas indecentes y los impetus de las pasiones mal refrenadas y especialmente de la ira. Su estatura era mediana ó mejor como dicen algunos, regular y bien proporcionada: su tez triguëña, sus cabellos rubios, sus ojos garzos y brillantes, sus cejas graciosamente redondeadas, su nariz regular, sus labios delgados y rojos, sus manos delgadas y bien formadas. Su porte era agradable, su semblante franco, su conversacion humilde, su traje limpio y aseado, pero siempre modesto y sin otro color que el de la lana.» Asi habla este historiador segun el testimonio de S. Epifanio.

IX. Aqui podria yo hacer resaltar las palabras de estos grandes hombres; pero tanto por no apartarme del respeto que les debo, como por cumplir la promesa que he hecho al principio, me sujeto con gusto á no añadir una sola palabra.

(1) Lib. 2.º c. 32.